

El capítulo octavo, titulado "Ensayo experimental de Iglesia del futuro", recoge los principios por los que se rigen los "Equipos de apostolado social" (EAS), una de las muchas iniciativas de nuestro tiempo. Estos principios son, sin duda, magníficos; pero el que ignore el funcionamiento concreto de estos grupos difícilmente podrá descubrir su talante solamente a través de estas normas, demasiado generales. Una descripción de las reuniones y actuaciones concretas de estos grupos, de los temas que abordan, de los métodos que utilizan, hubiera sido más indicativo.

En conjunto este libro es un estimulante para la esperanza, y no hay duda de que muchos cristianos —incluidos sacerdotes y almas consagradas— necesitan tan particularmente de esta virtud en estos momentos. Por ello el libro es muy positivo, y podrá hacer mucho bien a los que, ante las dificultades de esta hora de tránsito en que vivimos, van siendo vencidos por el desaliento.

La obra está editada por ediciones "Sígueme" de Salamanca, llevando el número 19 de la colección "Verdad e imagen". La edición es pulcra, y el estilo del autor es claro, agradable.

JUAN MARÍA LECEA

BERNHARD HAERING, *Shalon: Paz. El Sacramento de la Reconciliación*. Versión castellana de Alejandro E. Lator Ros. Barcelona, Herder, 1970, pp. 360.

El libro nació de unas conferencias que el autor pronunció en 1964 y 1966 en el Instituto Pastoral de la Concepción, Missouri, y en la Universidad de San Francisco respectivamente. El texto mantiene aún la frescura y espontaneidad del estilo propio de conferencia, lleno de anécdotas y referencias personales, que hacen su lectura amena y atrayente.

El P. Häring, en sus explicaciones de cátedra y en su producción literaria, tiene siempre ante la vista el excesivo legalismo y juridismo que imperaba en los manuales de Teología Moral de los últimos tiempos y en la labor pastoral —especialmente en la administración del sacramento de la penitencia— de muchos sacerdotes y lucha denodadamente por suplantar esta precaria situación por "la ley del Espíritu que da la vida". En esta línea, por tanto, se coloca también el libro que comentamos. Y dentro del género de los tratados de Teología Moral se sitúa de lleno en la especie de los llamados, con terminología de escuela, *praxis confessarii*. Es, pues, un libro dirigido a sacerdotes y seminaristas con la intención de enseñar a confesar según el espíritu del Vaticano II.

El título sintetiza maravillosamente el "elan vital", la idea centralizadora, de todas las reflexiones y sugerencias teórico-prácticas contenidas en el libro: presentar la celebración del sacramento de la penitencia no tanto como un juicio inquisitivo y laborioso sino más bien como una proclamación gozosa y eficaz de la paz mesiánica, es decir, de la reconciliación ofrecida por Cristo crucificado y glorioso, aquí y ahora a este penitente como se le ofreciera a los apóstoles en el Ce-

náculo. Se sigue de esto, que tanto el penitente como el confesor han de estar más atentos a este encuentro pacificador de Cristo que a sus propios actos. Así, la contricción, el propósito, etc. estarán condicionados a la intensidad de fe y de culto con que se espere, se acoja y se celebre esta proclamación de la "shalon". Igualmente la actitud y comportamiento interior y exterior del confesor al celebrar —concelebrar con el penitente que aporta la cuasimateria, pg. 29— este sacramento de la reconciliación ha de ser "transparentar", "traslucir", "transmitir" el acogimiento cariñoso y misericordioso, y a la vez exigente, de Cristo para que la absolución sea proclamada y recibida con la alegría y gratitud con que los discípulos recibieron el saludo de Cristo resucitado: ¡La paz sea con vosotros! (pp. 11-12; 14 ss.). Esta celebración gozosa del sacramento de la paz mesiánica creará en el confesor y en el penitente una actitud positiva, superadora del legalismo y tendente a la vigilancia evangélica que lleve el desarrollo pleno de los talentos que cada uno haya recibido como respuesta a Dios Padre en la Iglesia Santa.

Este subtrato teológico-pastoral está estructurado en 23 capítulos y un apéndice, que desde la perspectiva del confesor "como mensajero de gozo y de paz" (p. 12) podrían agruparse así:

1.º — El confesor debe penetrarse de la esencia íntima del sacramento de la penitencia como proclamación eficaz y gozosa de la paz mesiánica al penitente en y a través de la Iglesia. De este modo conjugará con equilibrio sus funciones de maestro, médico, juez y sacerdote y ofrecerá al penitente la imagen del Príncipe de la Paz que le estimulará a la perseverancia de la conversión. (cap. I-III).

2.º — El confesor, profeta de Cristo, debe conocer las disposiciones requeridas en el penitente para poder *proclamarle*, eficaz y dignamente, la absolución o reconciliación. (cap. IV-XI).

3.º — El confesor, en su función de maestro, desempeña un papel muy importante en la formación de la conciencia cristiana en base a la libertad de los hijos de Dios que tienden de continuo a agradar cada vez más al Padre. (cap. XII-XIX).

4.º — El confesor ha de ayudar al penitente a afianzar cada día más la propia conversión mediante la confesión frecuente y a descubrir el aspecto comunitario de su conversión a y en la Iglesia, lo cual le exige un compromiso decidido y apostólico por purificar el ambiente. (capítulos XX-XXI).

5.º — Cómo ha de tratar el confesor a diferentes clases de penitentes: niños, seminaristas, etc. (cap. XXII-XXIII).

Opino que lo más valioso de esta obra es el enfoque general de la misma, ese hálito que la penetra por doquier, lleno de optimismo y de esperanza, que estimula, tanto al confesor como al penitente, a la continua conversión, a la alegría de la perseverancia en el esfuerzo por la perfección cristiana. Como se ve, no es más que la puesta en práctica de la "llamada universal a la santidad" (Lumen Gentium, V). De la lectura de este libro se desprende sin esfuerzo que la administración del sacramento de la penitencia está exigiendo *ex se* en el confesor un afán

operativo de santidad misericordiosa. No se puede confesar, "administrativamente". El autor ha plagado sus páginas de atinadas observaciones y de sugerencias valiosas como quien ha dedicado muchas horas a confesar con entusiasmo y plenitud. El contraste de su modo de confesar con el nuestro puede sernos muy beneficioso.

Quizás la prisa con que se ha confeccionado el libro nos obliga, sin embargo, a mencionar algunos reparos que afectan bien a la obra en conjunto, bien a soluciones particulares dadas a algunos problemas morales.

Entre los reparos que afectan al conjunto, podrían, a nuestro juicio, enumerarse los siguientes: 1) Ausencia de aparato crítico. 2) Mención escasa del Magisterio.

Entre los reparos que afectan a soluciones más particulares podríamos reseñar, en razón a la brevedad, los siguientes: 1) Presentación a veces parcial y ambigua del sacramento de la penitencia, sólo como "la proclamación litúrgica del misterio pascual, aplicado aquí y ahora al creyente, tanto al que lo proclama como al que lo recibe". (pp. 14, cfr. pp. 19, 21). Pienso que el capítulo primero, desde el punto de vista teológico y bíblico, ganaría con una cierta reestructuración, pues se entrecruzan en él la conversión bautismal y la conversión penitencial. (cf. pp. 18, 22 ss.). 2) Falta un estudio suficiente del pensamiento del Concilio Tridentino acerca del sacramento de la penitencia.

Nos encontramos, en suma, ante una obra que, a pesar de presentar posturas decididas en temas polémicos y por tanto en alta medida, opinables, prestará una ayuda valiosa a la pastoral y a la discusión teológico-moral actuales.

ILDEFONSO ADEVA

J. M.<sup>a</sup> IRABURU, *La acción apostólica, misterio de Je*, Bilbao, Mensajero, 1969, 413 p.

Este libro de José M.<sup>a</sup> Iraburu constituye una meditación pastoral sobre la situación actual de la Iglesia. Pero el autor no se contenta con un análisis de situación, sino que todo el libro replantea la nueva tarea pastoral, basado en la doctrina eclesiológica del Vaticano II. De aquí que más que análisis del presente, sea un programa de quehacer pastoral proyectado hacia el futuro.

El libro analiza las actitudes básicas de la Iglesia a través de la historia que, según el autor, han determinado diversos comportamientos en la acción pastoral. J. M.<sup>a</sup> Iraburu tipifica estas actitudes en la misma postura de la Iglesia respecto al cumplimiento de su misión salvífica y en su relación con el mundo. Estas actitudes han dado lugar a tres comportamientos diversos que el autor denomina "Iglesia Litúrgica", "Iglesia soteriológica" e "Iglesia temporalista".

*La Iglesia Litúrgica* es una iglesia fiel a sí misma que acepta la bondad radical del mundo y pretende asimilarlo. "La Iglesia litúrgica pre-